

# El Problema del mal en el Mundo

Santiago Anitua, S. J.

El P. Santiago Anitua es bien conocido de nuestros lectores, por haber publicado en las páginas de esta revista con mucha frecuencia sus ensayos filosóficos. Esto nos excusa de hacer su presentación. Su último libro "Ensayos sobre Cristianismo y Progreso" (Edit. Juan Flores, Colección "Remanso", Barcelona, 1959) le ha manifestado como un pensador profundo y original.

En el estudio que publicamos a continuación, el autor se propone investigar el problema del mal desde un punto de vista puramente humano, que explique al incrédulo la causa de existir males en el mundo y que confirme al creyente en lo razonable de la solución que le ofrece la fe.

## Esencialismo y existencialismo.

En las épocas trágicas, en las que la misma existencia del hombre está en peligro, la angustia suele ser el ambiente que el pensamiento humano respira. En cambio, en los períodos tranquilos, de paz, el hombre se materializa y se dedica más bien a poner en orden el mundo en el que le ha tocado vivir, y a gozar de las oportunidades que éste le brinda. Los períodos tranquilos se caracterizan por un matiz de pensamiento esencialista; los trágicos por un existencialismo sentimental e intelectual. En los primeros, el pensador busca el "qué" de las cosas, en los últimos, se topa con el "quien" de la vida. Es curioso el estudio, bajo este punto de vista, de los períodos en que ha sido acuciante el problema del mal. El cristianismo se encontró con él desde los primeros días de su existencia, porque fueron aquellos tiempos de sangrienta persecución. Y con ello nacen las primeras herejías sobre el mal. Y los Padres de la Iglesia hubieron de elucubrar sutilmente para encontrar una solución a tan ingente problema.

Hoy el problema adquiere un volumen insospechado en el pensamiento moderno. Aún no se han apagado los gemidos de los que sufren en los campos de concentración ni se han podido olvidar las barbaridades de la última guerra mundial. La literatura de postguerra se ha encargado de traer hasta los fondos más recónditos de las almas más indiferentes, la preocupación por este tema. Las torturas relatadas por Valtín, por Gehorgiu, por Krawschenko, son demasiado violentas para que no nos horricemos. Y en nuestra América, los documentos publicados después de los últimos golpes de Estado —Guatemala, Venezuela, Cuba— y otros que quizá se publiquen más tar-

de, cuando cualquier otro régimen de gobierno caiga, nos persuade de que el hombre es por naturaleza malo, de que es un lobo para el hombre, en frase violenta de Hobbes.

¿Pero no es Dios el que hizo así al hombre? ¿No pudo hacerlo de otra manera? ¿No pudo al menos ponerle en unas circunstancias tales, en las que su instinto de fiera no se manifestara?

He aquí las preguntas que se le ocurren inmediatamente a cualquier creyente. El que no cree, no puede llegar, siquiera, a plantearse este problema. Ha de aceptar el hecho del mal, creer en un principio malo y fatal. Y desesperarse, o abrazarse al mal heroicamente, sabiendo que no tiene remedio. Esta es la postura de Camus de Malraux y de tantos otros existencialistas modernos. El dolor es un hecho existencial, es algo íntimo a la vida del hombre. Hay que vivirlo, porque tenemos que vivirnos. Otra cosa sería engañarnos, consolarnos ilusamente, acobardarnos. "La religión —para estos existencialistas—, es un mero opio del pueblo." Engaña, adormece, pero no explica el problema del dolor. Y, por tanto, sólo el pueblo puede conformarse con esta postura. Los verdaderos hombres, los pensadores, han de hacer frente al dolor, y abrazarlo heroicamente. Sin engaños, y sin miedo. Con sencillez. Con la suprema sencillez del hombre que es consciente de su vida y de su ser.

## El Mal físico ante la filosofía.

En este artículo no podemos desarrollar demasiado nuestras ideas. Sería preciso un libro. Y estos ya están escritos. Desde los tiempos primeros del cristianismo el tratado "De malo", era uno de los más apasionantes y sutiles de los pensadores cristianos. Nosotros vamos tan sólo a insinuar las soluciones posibles. Y lo vamos a hacer desde un punto de vista meramente filosófico. No vamos a acudir a la revelación, ni vamos a hacer tampoco concesiones a la ascética. No es que neguemos el valor de estas dos clases de conocimientos. Son ellos también en sí muy ricos, y tal vez más ricos que las consideraciones que podamos hacer desde el punto de vista meramente filosófico. Pero vamos a prescindir de ellos, porque hoy el hombre quiere ver con sus propios ojos. Y, por desgracia, para muchos la religión es el opio del pueblo, y la teología es una ciencia que se basa en la autoridad. Autoridad de Dios, es cierto, pero autoridad. Y hoy se hace lo posible por no reconocer ninguna autoridad; ni la de Dios, si fuera posible.

Por eso vamos hablar y a plantear el problema en el plano puramente racional, que vale para todo hombre verdaderamente tal, especificado por su razón. El hombre sentimental, o el instintivo, no sería propiamente hombre, si no basa su instinto o su sentimiento en esta razón que le especifica.

## El mal físico ¿es un verdadero mal ante la luz de la razón?

Podemos distinguir dos clases de males físicos: los males parciales —dolor— y el mal

absoluto —la muerte—. El mal físico podemos decir que no es propiamente mal, en cuanto mero dolor. Más que una objeción contra la providencia divina, es un argumento en su favor.

El mal físico parcial, el dolor, es la señal de alarma que las máquinas más perfectas tienen para indicar que algo marcha mal en su mecanismo. Un hombre impasible pronto sucumbiría, sin darse cuenta de ello. El dolor es la reacción del organismo, cuando algo extraño se interpone en su funcionamiento normal. La fiebre avisa que hay intracuerpos nocivos en la vida vegetativa del hombre. Porque hay fiebre, sabemos que hemos de cuidarnos, si queremos sobrevivir.

El dolor es la contrapartida necesaria de un gran don de la naturaleza animal: la sensación. El dolor es el correlativo del placer. La persona más sensible es la que más padece, pero es también la que más goza. Y porque es capaz de mucho placer, es por lo que es capaz también de mucho dolor. La sensibilidad más rica es la más dolorosa. Y, sin embargo, la más preciosa que tiene el hombre.

¿Pero no pudo Dios hacer un hombre más perfecto, que no tuviera necesariamente que sufrir? ¿No pudo, por lo menos, ordenar de tal manera las circunstancias de su vida, que los estímulos dolorosos del hombre estuvieran retirados del camino de su existir? Ciertamente Dios pudo hacer al hombre de otra manera. Pero no sería este hombre, animal racional que conocemos, y que alabamos como máquina perfecta en su plano. Dios habría hecho otra cosa, pero no un hombre. ¿Lo podía haber colocado en unas circunstancias en que su vida no rozara de hecho, con el dolor, aunque permaneciera en él la capacidad de sufrir? Ciertamente. Así lo hizo. Los primeros padres, nos dicen las fuentes reveladas, que eran impasibles. Pero la razón nos dice que esto, conocida la esencia del hombre, es algo preternatural, algo que no se debe intrínsecamente al hombre. Si la capacidad de sufrir en el hombre es algo esencial, sólo una providencia especialísima es capaz de hacer que no se reduzca al acto esta potencia. Por tanto, naturalmente, en el plano meramente racional, no hay que achacarle a Dios el que una naturaleza esencialmente pasible padezca.

#### **El mal que proviene de causas necesarias.**

Muchos dolores provienen de causas necesarias. Los accidentes se realizan porque los vehículos estaban mal contruidos o porque se les forzó a un rendimiento excesivo. El motor ese tenía que fallar, el ebrio que conducía esa máquina hizo algún movimiento que necesariamente le llevaba contra un árbol.

Otras veces son las fuerzas naturales las que se desencadenan y el rayo o la tormenta son las que arrasan cuanto encuentran a su paso: inocentes y culpables. ¿Podemos decir, sin más, que es un castigo de Dios? En ese caso, ¿cómo explicamos que mueren niños sin uso de razón incapaces de culpa, y amigos de Dios, si estaban bautizados? ¿Por qué habían

de sufrir mucho después en la vida? Y entonces ¿por qué murieron entre las llamas de un incendio?

El orden de la naturaleza es una cosa admitida hoy por todo sabio. Precisamente en este orden se basan las leyes físicas y el progreso humano. Las leyes, por consiguiente, son buenas y sabias. ¿Por qué se aplican precisamente en estas circunstancias? ¿Por qué Dios dispuso de tal manera las circunstancias del acontecer histórico, que tuvieran que morir y sufrir necesariamente, en virtud —es verdad de leyes sapientísimas— tantos inocentes? ¿No pudo ordenar la historia de otra manera?

Hemos llegado a la última pregunta de la cuestión en este punto. Daremos la respuesta, la única respuesta que vislumbra la razón humana, al final de nuestro artículo.

#### **El mal que proviene de las causas libres.**

Pero no podemos menos de reconocer que

los males más dolorosos, los que más nos hacen sufrir y más avergüenzan a nuestra especie humana, son los que provienen de la maldad de los mismos hombres. Podemos admitir los males que provienen de las fuerzas necesarias de la naturaleza. Hata es posible que los disculpemos diciendo —un poco paganamente— que es mala suerte, fatalidad. Pero, los males infligidos a los hombres por otros hombres nos duelen en el alma misma.

#### **¿Por qué el hombre es tan malo?**

#### **¿Por qué lo hizo así Dios?**

La defectibilidad del hombre es una propiedad de su misma esencia metafísica. El hombre es contingente y libre. Es malo y capaz de rebeldía. Porque es contingente no puede ser inmutable, es capaz de cambio, de ambición y de envidia. Dios posee en sí toda perfección, hecha acto puro. No puede ambicionar nada, ni puede añadir a su esencia una sólo virtualidad nueva. Es inmutable en la plena posesión y actividad de cuanto hay de perfección. El hombre se cambia y ambiciona. Tiene frente a sí muchos bienes que no le pertenecen y que le atren. Bienes sensibles y supra-sensibles. En muchas ocasiones estas dos tendencias del hombre —la sensible y la racional— están en pugna. Cada una tiene su objeto peculiar y a él tiende irresistiblemente. La voluntad sólo tiene un poder político sobre los sentidos. No puede mandar al ojo que no vea ni al tacto que no sienta la suavidad o la aspereza de su objeto. Sólo puede la voluntad distraer a los sentidos, proponerles otros objetos, intimarles la orden de que abracen lo que les parece costoso o de que huyan o no sacien su tendencia en lo que les parece apetecible. Y el apetito sensitivo entonces siempre obedece, porque está subordinado a la tendencia superior, de la misma manera que en toda máquina bien ordenada cada una de las piezas se subordina a un fin total de toda la máquina. Pero el apetito obedece a regañadientes. Su tendencia se convierte en veledad, se hace ineficaz; no se

quita sino que persevera latente y esperando un descuido de la voluntad o concesión de ésta para tender al objeto que tiene presente y que apetece. He ahí el origen de la lucha y su dificultad.

### **Y el hombre es libre.**

He ahí la gran prerrogativa del hombre frente a los animales. Pero he ahí también el origen del mal en el mundo. El hombre es capaz de rebelarse, de ir contra la ley y contra el derecho de los demás. Sólo Dios, porque es Omnipotente y tiene en su esencia perfectísima la norma de su obrar, es libre y al mismo tiempo indefectible. El hombre tiene una naturaleza creada y una libertad. Por eso, acomodándose en su obrar a los instintos de su naturaleza, no tiene por qué obrar necesariamente el bien. Y, porque su libertad es de ser finito, puede obrar conforme a sus instintos, aun negando los dictámenes de la razón y de la ley. La esencia finita del hombre hace que su obediencia a la ley tenga siempre algo de entrega ciega, de sumisión a una autoridad de negación de su libertad. El hombre no es capaz de comprender el bien perfecto, que es el único que le necesitaría. Y mientras en todo bien perciba algo de mal, o en todo mal algo de bien, su voluntad es libre. De aquí que puede rechazar el bien, porque no se le aparece como totalmente bien. El instinto tiene su bien que también cuenta.

¿Pudo Dios hacer al hombre de otra manera? ¿Pudo al menos ponerle en otras circunstancias, de manera que sus instintos no encontraran en el mundo circundante los estímulos perniciosos que le iban a arrastrar al crimen?

### **Solución metafísica a estas dificultades.**

El hombre es esencialmente pecable. En otro caso no hubiera sido hombre. No hubiera sido creatura finita y libre. Dios, ciertamente, le podía haber confirmado en gracia, pero sin quitarle esta radical potencia de pecar. Sólo Cristo, porque la naturaleza humana estaba asumida por la persona divina y porque ésta es esencialmente impecable, no podía pecar. Sus acciones eran las del Verbo. Las acciones son de la persona. Y ésta era Dios.

El hombre confirmado en gracia es impecable por un don extrínseco a su misma naturaleza. Es por una gracia preternatural. Por una providencia extraordinaria. ¿Se puede exigir a Dios esta providencia extraordinaria?

Es claro que no se le puede exigir algo extraordinario en estricta justicia. Dios propiamente no es sujeto de deberes estrictos para con sus creaturas. A lo más está obligado a crearlas con un fin honesto —su gloria— y poner los medios necesarios para obtener este fin. La gloria extrínseca que da a Dios toda creatura es la razón última de Dios en su obra. Y ya el mero hecho de existir o de tener posibilidad de existir una creatura es una alabanza metafísica de Dios, porque esta misma posibilidad es algo bueno. Dios al crear todas las cosas,

vió que eran muy buenas. Este fin es, pues, infrustrable. Y Dios lo puede conseguir de la manera que más le plazca. Es dueño de la misma existencia de sus creaturas. Luego puede disponer de ellas sin límites.

Pero esto tal vez sea proponer la teoría de un Dios tirano. ¿No debe ser Dios infinitamente bueno? ¿No es Dios, como nos enseñó Jesucristo, el único bueno? ¿Y no cuida de nosotros con más amor que de los pájaros del cielo y de las alimañas del campo? ¿Exigiría, por tanto, —no ya nuestro derecho, sino su bondad infinita— un estado de cosas diferente al que nos ha tocado vivir —y parece que el mundo ha sido siempre malo, desde el hombre de las cavernas hasta nuestros días— en el que el mal físico y moral ha enseñoreado al mundo?

La respuesta de una mente metafísica es clara, pero negativa: una exigencia como la que postulábamos nos llevaría al absurdo.

### **La libertad de Dios y el mundo del optimismo.**

Ya Leibniz en su "Theodicea" y Malebranche en los "Entretiens sur la Metaphysique" opinaron que Dios estaba obligado a hacer siempre en sus acciones lo mejor, en virtud de su propia perfección metafísica. Y Ruiz de Montoya, el teólogo que ha tratado quizá con más profundidad los problemas de la voluntad divina, creyó que Dios, estaba obligado al menos moralmente a realizar no sólo óptimamente lo que efectuaba esta perfección subjetiva del obrar de Dios es una necesidad de su esencia— sino a realizar lo que objetivamente es óptimo. Esto nos llevaría a dos absurdos:

#### **Primero: Dios no sería libre.**

La libertad consiste precisamente en el poder de elección. Y la libertad moral, en el poder de elección entre cosas buenas. Ahora bien; en Dios no habría términos capaces de ser elegidos. No habría capacidad objetiva de elección. Porque cosas buenas puede haber muchas, pero lo óptimo siempre es uno. Desde el mismo momento en que hay dos posibilidades óptimas iguales, una de ellas será mejor que la otra, o complementaria de la otra, o no tendrá alguna de las perfecciones que tenga la otra, o será sencillamente otra cosa específicamente diversa. Es decir: en ningún caso sería cada una de ella óptima, porque o podría ser mejor, o no sería ella misma. Luego Dios sólo podría escoger entre crear o no crear, pero no entre crear un hombre tal o tal otro. Si había de crear, crearía necesariamente algo en sí determinado. Más aún; como el dar el ser, y sobre todo dar el ser a una creatura perfecta, es mejor que no dar el ser, Dios estaría obligado a crear y a crear tales seres perfectos, y a darles tales concursos determinados y exigidos por la perfección absoluta e indefectible de tales seres, y a rodearlos de unas circunstancias tales concretas y determinadas, únicas, las óptimas. Es decir; Dios ha-

bría perdido totalmente la libertad en sus obras *ad extra*. El mundo, y el mundo óptimo, sería una exigencia de la misma naturaleza divina

Ahora bien, no es menos evidente metafísicamente que la libertad es una perfección preciosa de la que Dios, el Omnipotente, no puede carecer. Luego el mundo óptimo, podemos concluir ya *a priori*, no puede ser algo que se le impone a Dios. Los atributos divinos no pueden estar en contradicción. Luego tampoco la libertad y la bondad. Por otra parte, mientras se elija entre términos buenos en sí, vemos que la bondad esencial no padece. El que obra el bien es bueno, aunque no obre lo mejor.

Pero Dios no sólo ha de ser bueno, sino que ha de ser infinitamente bueno; ¿puede ello compaginarse con la no elección de lo mejor en todos los casos?

### Segundo absurdo: lo óptimo sería posible.

Podríamos responder: un infinitamente bueno no puede menos de elegir lo óptimo, si esto fuera posible. Pero ¿es posible?

Ya no se trata, por consiguiente, de la bondad o la no bondad de Dios, se trata de la misma posibilidad intrínseca de lo que creemos que se le puede exigir a Dios. Se trata de ver si es intrínsecamente posible una creatura óptima. Si repugna tal creatura, entonces es claro que ni siquiera la infinita omnipotencia de Dios lo puede hacer.

Ahora bien; la creatura por el mero hecho de serlo es finita. Si es finita es incapaz de ser **infinitamente perfecta**; si es incapaz de ser infinitamente perfecta, es imposible que sea óptima.

La línea de argumentación es clara y rigurosamente metafísica. Si la creatura es finita, no agota las infinitas posibilidades de perfección. La creatura más perfecta nos deja todavía un resquicio para que finjamos una creatura más perfecta. Su misma limitación es un mal y su limitación de perfección una imperfección. Luego Dios no puede sencillamente hacer un mundo óptimo. Por tanto, su infinita bondad no le puede exigir un imposible.

De aquí se deduce que lo que a nosotros nos parecía que era imposible en Dios, no puede repugnar, pues la misma razón nos señala que no se puede exigir a Dios este optimismo que nos parecía exigible atendiendo a su infinita bondad. Porque lo óptimo no es posible, y

porque hay que poner una libertad en Dios. Luego un mundo que no sea el mejor no es absurdo, ni quita nada a la bondad de Dios.

### ¿Tiene explicación el mal?

¿Cómo se explica, pues, el mal? Hemos visto que no repugna a la bondad ni a la Providencia de Dios, pero ¿es Dios el responsable de este mal?

El mal físico ya hemos visto que es, al fin y al cabo, una resultante de un gran beneficio como es la sensibilidad y las leyes sabias y ordenadas de la naturaleza. El dolor tiene en sí mismo —aun prescindiendo de la ascética— una finalidad preciosa: velar por la integridad del hombre. La misma muerte no es sino una consecuencia de la naturaleza corruptible —por estar integrada de diversos elementos disgregables y caducos— y un fin natural del hombre. La inmortalidad es un don preternatural.

¿Pero el mal moral? ¿El pecado? ¿Por qué lo permite Dios? Dios previó todas y cada una de las acciones de los hombres posibles en todas y cada una de las múltiples circunstancias posibles. Y Dios escogió un plan determinado de providencia. ¿Por qué? Porque quiso. En todos los planes de providencia vió que cada uno iba a obrar libremente bien o mal y con auxilios suficientes para poder obrar bien. Dios no estaba obligado a más. Señaló a cada creatura un fin sobrenatural. En ello mostró su infinita bondad. Y después a cada uno le decretó sus auxilios superabundantes, para que lo consiguiera. Dios no es responsable del pecado de cada uno. Lo previó y lo permitió. ¿Por qué? No lo sabemos. Pero podemos decir que no lo hizo sin causa. Hubiera sido un obrar irracional. Y también podemos decir que ello no se opone a su infinita bondad. De lo contrario llegaríamos a los absurdos que antes exponíamos. Pero la razón positiva, la razón concreta y singular por la que Dios escogió este orden de cosas y no otro, es una de las verdades que Dios se reserva. Hemos llegado al misterio. Pero no al absurdo, ni al opio o al dogmatismo endormecedor. ¿Qué extraño que no conozcamos los planes íntimos y propios de Dios, si Dios es una persona? ¿Y quién es capaz de abarcar los secretos de la personalidad? ¿Puede siquiera un hombre, sondear los abismos de la conciencia de otro hombre cualquiera, si es una personalidad medianamente rica? Si comprendiéramos los últimos secretos de Dios, habríamos destrozado su riqueza de Infinito.

# PRODUCTOS POZUELO

UNA MARCA . . . UNA CALIDAD — GALLETAS Y CONFITES  
Apartado 967, San José (Costa Rica) Teléfono 2764.